



Frank Schmeißer

SOLO ENTRE LADRONES

Mi increíble familia de delincuentes
y yo



edebé

Mi increíble familia de delincuentes y yo



© privat

Frank Schmeißer vive en Colonia (Alemania) y es un guionista de prestigio de programas de televisión. En los últimos años también se ha dedicado a escribir libros infantiles, que son, por lo menos, tan graciosos como sus comedias para la tele.



© privat

Jörg Mühle nació en 1973 en Frankfurt (Alemania) y estudió en la Escuela Superior de Diseño de Offenbach, así como en la Escuela Nacional Superior de las Artes Decorativas de París. Desde el año 2000 trabaja como ilustrador independiente.

Frank Schmeißer

SOLO ENTRE LADRONES

Mi increíble familia de delincuentes y yo

Con ilustraciones de Jörg Mühle

edebé

*Originally published as "Allein unter Dieben: Meine verrückte
Verbrecherfamilie und ich"*

© S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt, 2016

© de esta edición: Edebé, 2018

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Infantil y Juvenil: Elena Valencia

© Traductor: Ramon Monton

Primera edición, octubre 2018

ISBN: 978-84-683-3855-2

Depósito legal: B. 11998-2018

Impreso en España

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CAPÍTULO 1

Cómo empezó todo

Me llamo Eduard Gruyerbeer. Tengo trece años y soy un ladrón experto. Bueno, en realidad no soy más que un ladrón normal y corriente. Únicamente mi familia me considera un ladrón experto, pues están muy orgullosos de mí, aunque solo sea porque no soy un patoso rematado como mi hermano mayor, ni me sangra la nariz por los nervios cuando robo alguna cosa, como le pasa a mi padre. Va, empecemos de nuevo... Me llamo Eduard Gruyerbeer. Tengo trece años. Soy ladrón. Y esta es mi confesión.

Todo este lío empezó en Navidades. Para ser más precisos, en Nochebuena. Fue una fiesta muy bonita que compartí con mi familia. Teníamos un abeto enorme adornado con velas; por los altavoces sonaba música navideña, y el ambiente estaba caldeado por el fuego encendido de la chimenea. Mi hermano Franz y yo tomamos chocolate caliente con nata y unas deliciosas galletas caseras. Mis padres estaban

sentados juntos, se abrazaban y bebían champán en unas copas tan delicadas que un simple estornudo las hubiera roto. Como mi padre había desconectado los adornos eléctricos y los había sustituido por velas de verdad, la abuela, por si acaso, decidió no probar el alcohol. En cambio, se bebió una cantidad exagerada de café.

—Si algún torpón de esta familia vuelve a provocar una catástrofe, yo estaré bien despierta para largarme antes de que sea tarde —dijo la abuela mirando a mi padre, quien optó por vaciar la copa de champán de un trago con cara de pocos amigos, mientras mi madre le guiñaba un ojo y le daba un achuchón para que no se lo tomara a pecho.

A mí me había tocado disfrazarme de Papá Noel porque mi padre estaba tan emocionado que existía el peligro de que le sangrara la nariz. Y para que no se manchara la preciosa barba blanca, me tuve que enfundar yo el disfraz. No estoy seguro de que los elefantes celebren las Navidades, pero, si lo hicieran, sin duda aquella especie de tienda de campaña roja y blanca que me envolvía sería el disfraz perfecto para ellos. Los pantalones eran tan anchos que dentro hubieran cabido tres como yo, y el chaquetón me llegaba casi hasta las rodillas. Para que no se me cayeran

los pantalones, me ajusté tanto el cinturón que hasta conseguí lucir un poco de barriga de Papá Noel. Las botas eran tan gigantescas y pesadas que tenía que hincarles las uñas de los pies para que no se me cayeran, por descuido, a cada paso. De manera que andaba como un pato, con una mano sujetándome los pantalones para no quedarme de pronto en calzoncillos y con la otra repartiendo los regalos igual que un ogro borracho mientras exclamaba: «¡Jo, jo, jo!».

A mi madre le entregué un precioso jersey que había escogido mi padre para ella. Era muy bonito, de cachemir. Ella se lo puso enseguida y acarició, feliz, la lana con las manos. La verdad es que nosotros no nos podíamos permitir prendas de esa calidad. Por lo general, la ropa que usábamos era barata y de fibras sintéticas. Por eso siempre andábamos cargados de electricidad estática y continuamente se nos ponían los pelos de punta, como si hubiéramos metido los dedos en un enchufe. Y tocáramos lo que tocáramos, todo el rato recibíamos descargas eléctricas; se podría decir que en mi casa saltaban tantos chispazos que parecíamos estrellas de cine rodeadas por los *flashes* de la prensa en la alfombra roja de Hollywood.

Mi hermano Franz recibió como regalo su primera ganzúa. Con una ganzúa y un poco de ingenio y ha-

bilidad, se puede forzar cualquier cerradura. Franz no tenía ni una cosa ni la otra, así que no conseguiría abrir ni una sola puerta; pero igualmente se puso más contento que unas pascuas y empezó a manipular la cerradura que encontró más a mano.

Mi madre le regaló a mi padre unos pantalones, que le iban anchos; y mi abuela Anne, unos parches de testosterona y un libro titulado *Bricolaje para manazas*. No entendí para qué servían los parches. Mi abuela se limitó a observar que eran para ver si así le salía por fin pelo en el pecho. Seguí sin entenderlo, pero lo del libro sí que me di cuenta de que iba con mala intención. A mi padre no le hizo ninguna gracia. Al fin y al cabo, el pobre se pasa horas cada día en el sótano pegando martillazos y montando nuevos inventos para catapultarnos hacia un futuro brillante. Por supuesto, mi abuela opina que es una pérdida de tiempo. Hay que reconocer que hasta ahora ninguno de sus inventos nos ha catapultado a ningún sitio. Ni siquiera la catapulta de verdad que trajo el verano pasado, que se partió por la mitad cuando mi hermano, que debería haber salido disparado hasta nuestro tejado, se subió en ella. Con esta catapulta, precisamente, mi padre y Franz pretendían colarse en un museo y robar unos cuadros muy valiosos. Su plan

era introducirse en el edificio desde el tejado. En teoría, también podrían haber subido al tejado del edificio escalando por una tubería. En teoría, claro. Porque mi hermano no es lo que se dice un as de los deportes. De hecho, pocas veces conseguía subirse a un columpio sin caerse.

La verdad es que yo me alegré de que su catapulta no funcionara. En primer lugar, porque *alguien* tendría que salir volando si no era mi hermano, y, en segundo lugar, porque robar un museo a nosotros nos iba grande. Por no decir grandísimo.

A mi abuela le tocó de regalo un bote de sales de baño. El producto no solo prometía algo así como la eterna juventud, sino también un estado de calma y bienestar, a pesar de que yo dudaba mucho que ningún baño pudiera convertir a mi abuela en una persona amable. Ni una piscina llena de sales de baño conseguiría suavizar lo más mínimo su mal carácter.

Total, que después de desenvolver todos nuestros regalos (a mí me tocaron unas botas de fútbol y un par de calzoncillos), nos colocamos delante del árbol de Navidad y nos hicimos una foto.

Normalmente, no tenemos un árbol de Navidad tan grande. Ni tampoco suele calentar nuestro hogar un agradable fuego, a no ser que explote alguno de



los inventos de mi padre. Nosotros somos más bien pobres. Sin embargo, esta Navidad por fin no íbamos a preocuparnos por el dinero. Por eso no estábamos celebrando la Nochebuena en nuestra casa, sino en la de la rica familia Schönemann. Por desgracia, los propietarios volvieron de esquiar antes de lo previsto.

—¿Pero qué...? —balbuceó el señor Schönemann, al tiempo que enrojecía y su inmenso bigote empezaba a temblar.

Su mujer, en cambio, se limitó a quedarse con la boca abierta, y su hijo siguió comiendo chocolatinas como si nada.

Mi padre inmediatamente se puso a sangrar por la nariz. Mi abuela Anne retrocedió lentamente hacia la puerta de la terraza. Franz no se había enterado de nada y seguía manipulando una cerradura, así que yo exclamé:

—¡Sorpresa! ¡Feliz Navidad!

El hijo del señor Schönemann señaló los calzoncillos que yo tenía todavía en la mano y dijo, mastican-do a dos carrillos:

—¡Esos calzoncillos son míos!

—¡Y ese jersey es mío! —gritó la señora Schöne-mann al descubrir a mi madre—. ¡Socorro! ¡Ladrones! ¡Llama a la policía, Günter!

La señora Schönemann tiraba de la manga a su marido, y este sacó el móvil del bolsillo de su chaque-



ta sin quitarnos la vista de encima. De pronto, el árbol de Navidad comenzó a arder, pues hacía rato que nadie prestaba atención a las velas, ocasión que aprovechamos para poner pies en polvorosa.

Mis padres pasaron por delante de las narices de los Schönemann y salieron precipitadamente por la puerta principal. Franz y yo seguimos a la abuela por la terraza hasta el jardín, que atravesamos a toda velocidad; saltamos hábilmente parterres y arbustos, y, ágiles como monos, trepamos por la valla del jardín para llegar a la casa del vecino. Al menos eso es lo que hicieron Franz y mi abuela, pues yo no paraba de tropezarme por culpa de las enormes botas del disfraz y, para colmo, me pegué un trompazo contra un árbol porque el maldito gorro de Papá Noel me tapaba los ojos todo el rato. Después de tambalearme, se me engancharon el chaquetón y la barba postiza en un seto, de manera que me quedé atrapado como una mosca en una telaraña. Estaba perdido. Me volví para comprobar si los Schönemann me perseguían, pero a mi alrededor todo era paz y tranquilidad. La calma solo se vio turbada un momento por el árbol de Navidad, que salió volando por la terraza. Al instante asomó la cabeza el señor Schönemann, pero, en lugar de venir hacia mí y agarrarme mientras yo me agita-

ba en el seto como un pez fuera del agua, se limitó a cerrar la puerta de la terraza y desapareció. Al parecer, los Schönemann todavía estaban demasiado aturdidos para pensar en perseguirnos. O tal vez me consideraban un loco peligroso que era mejor que se alejara, aunque les hubiera robado un disfraz de Papá Noel y un par de calzoncillos.

Yo tiraba del chaquetón e intentaba desesperadamente desengancharme la barba de los arbustos, hasta que perdí la paciencia y, de un tirón, me dejé media barba en el seto. Me encaramé a la valla por fin; apenas me quedaba un salto para estar a salvo. Pero al poner un pie en lo alto de la valla, resbalé. ¡Malditas botas! Caí como un saco de patatas, el cinturón se me enganchó en la valla y esta vez me quedé colgado cabeza abajo en el jardín del vecino, a pocos centímetros del suelo y con las piernas en el aire. Trasteando en la hebilla del cinturón, conseguí aflojarlo y me di de bruces contra un enrejado de verduras. Rápidamente, me levanté y seguí corriendo hacia la calle. Allí recuperé el aliento y volví a abrocharme el cinturón. «Lo conseguí», pensé, pero entonces se abrió la puerta de entrada de una casa y una mano enorme me agarró por la espalda.

—¡Por fin ha llegado! —gruñó una voz detrás de mí.

Yo me quedé paralizado.

—Ya era hora —siguió diciendo la voz—. ¡Hace una eternidad que le esperamos!

Me volví y me encontré ante un hombre de unos cuarenta años, que no parecía estar para bromas. Estaba pálido y despeinado, y tenía unas ojeras muy marcadas. Sin duda, no le iría nada mal que lo viera un médico.

—Venga, venga, adentro, deprisa, antes de que los niños se vuelvan completamente locos.

—¿Cómo? Yo... no..., creo... que me confunde..., yo... —estaba tan sorprendido que solo conseguía balbucear.

No me sirvió de nada. El hombre me empujó hasta la sala de estar de su casa. Mientras recorríamos el pasillo, podía oír los gritos de unos niños y la voz alterada de una mujer que los regañaba.

—¡Ben, haz el favor de no tirarle más del pelo a tu hermana! ¡Y tú, Lea, suelta las cerillas!

Ben y Lea debían de tener unos cuatro años. Iban bien vestidos y estaban bastante alborotados. Ben corría gritando como un loco alrededor del árbol de Navidad, y su madre le perseguía. Cada vez que pasaba por delante de su hermana, le tiraba de la trenza como si fuera una antigua cadena de váter. Su herma-

na soltaba un chillido e intentaba pegarle. Después seguía sacando, como si nada, una cerilla tras otra de la caja e intentaba encenderlas. Hasta que volvía a pasar Ben y le tiraba de nuevo del pelo. Era una pesadilla interminable con la que yo no tenía ni quería tener nada que ver.

—Disculpe —dije—, en realidad yo no soy quien usted cree. Y si no le importa, ahora me tengo que marchar.

El padre ignoró mis protestas. Me dirigió una mirada suplicante y gritó:

—¡Eh, mirad, ya ha llegado Papá Noel!

Y después me dio un empujón y me dejó en medio del caos.

Ben pegó un frenazo y Lea soltó las cerillas, puso los brazos en jarras y protestó:

—Este no es Papá Noel. ¡Es un enano disfrazado de Papá Noel!

¿Cómo que un enano? Me sentí ofendido. Para mi edad, tenía una estatura *casi* normal.

—No, Lea, cariño. Seguro que es *un* Papá Noel. Lo que sucede es que hay algunos que son más pequeños. Minúsculos, incluso —intentó tranquilizarla su madre.

Pero la niña no se dejaba convencer tan fácilmente.

—Además, es feísimo y tiene la barba hecha polvo.

—¡Ya está bien! ¿O sea que soy feísimo? ¿Y tú has visto cómo llevas la trenza?

Pero no pude añadir nada más porque en ese momento Ben, el hermano de Lea, se me echó encima y me abrazó con tal ímpetu que me hizo caer hacia atrás. Sentado sobre mi mullida barriga, se puso a dar puñetazos en mi pecho con sus manos diminutas.

—¡Regalos! ¡¡Regalos!! ¡¡¡Regalos!!! ¿Dónde están mis REGALOS? —chillaba como un poseso.

—¡Déjame! ¡Bájate ahora mismo! —gemí, lo empujé hacia la izquierda, me volví hacia la derecha y, agarrándome a la mesa, conseguí levantarme con esfuerzo—. Yo no tengo re... —comencé a decir, y entonces apareció su padre con un enorme saco marrón.

—¡Creo que dentro del saco de Papá Noel hay unos cuantos regalos para vosotros!

Los niños se pusieron a saltar alegremente, y su madre me acercó una silla.

—¡A sentarse! —masculló, y yo me senté—. Si queréis vuestros regalos, habéis de portaros bien —advirtió la madre a los dos pequeños monstruos.

—Así me gusta, que seáis buenos y estéis tranquilos por fin —observé, porque ya me pitaban los oídos con tanto griterío.

—Venga, sentaos en el regazo de Papá Noel para que os explique la historia de la Navidad.

—Eso —dije alegremente, pero enseguida añadí—: ¡¿Cómo?!

¿Que yo les tenía que explicar la historia de la Navidad? Dudaba de mi capacidad de narrador infantil. Sin embargo, Lea y Ben saltaron sobre mis rodillas: Lea sobre la rodilla izquierda y Ben sobre la derecha. Y ambos me miraban ilusionados. Al parecer, la perspectiva de los regalos los había calmado. A mi madre le pasa lo mismo. Si se enfada con mi padre, basta con que reciba un regalito para que se tranquilice.

—¡Ah, sí, la historia de la Navidad! Vaya, vaya, pero si esa es una historia que conoce todo el mundo. En fin, Serafín, la Navidad es la época... en que celebramos la Navidad.

Me había quedado en blanco. Se me había borrado el disco duro de mi cerebro. Vamos a ver, pensé: «¿para qué sirve la Navidad?, ¿para encender luces de adorno?, ¿para que las familias se peleen?...». Paulatinamente, la cara se me iba poniendo del mismo color del abrigo que llevaba.

—La Navidad es el tiempo de los ladrones..., qué digo ladrones..., de los canelones..., el pollo, el pavo, los canelones... ¡Qué buenos son los canelones!

Se me hacía la boca agua, pero no se me ocurría nada más. Fue como cuando me hacían salir a la pizarra en clase de Matemáticas. De pronto, se me ocurrió una idea para salir del paso:

—¿Verdad que vosotros sabéis muy bien qué es la Navidad? ¿Qué celebramos en Navidad, niños?

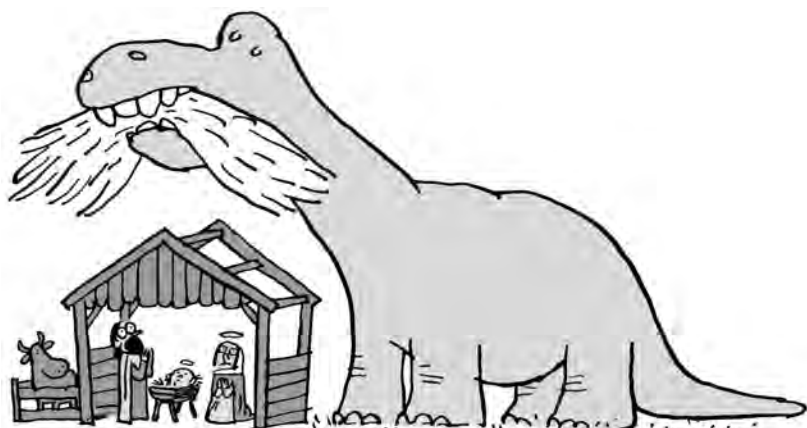
Los dos respondieron al unísono:

—¡El nacimiento del Niño Jesús!

—¡Exacto!

Pero qué tonto: ¡pues claro! La Navidad iba del Niño Jesús. Ya me sentía más aliviado. Los padres de los niños, por el contrario, no parecían en absoluto tranquilos. La madre tenía el ceño fruncido y dirigió una mirada interrogativa a su marido, que se limitó a encogerse de hombros. Yo, por lo menos, ya me había acordado de lo fundamental, y a partir de ahí ya podía dar el pego. Más o menos. Para que no se terminara la historia al cabo de cinco segundos, tendría que improvisar un poco, pero seguro que lo conseguiría. Mientras tuviera a los mocosos sobre mis rodillas y me dieran chocolate, la cosa iría viento en popa. Aunque tal vez no soplara mucho viento...

—Pues hace muchos muchos años, cuando Jesús vino al mundo, ya hacía tiempo que los dinosaurios se habían extinguido. Vaya potra tuvo Jesús, ¿no?



Solté una risotada para dar a entender a los niños que aquello era una broma, pero ellos me miraban como si yo estuviera chiflado. Vale, tenía que inventarme una historia más seria y sin contar con la participación del público.

—Los padres de Jesús eran María y José. José era carpintero. Hacía mesas, estanterías y esos trozos de madera que se ponen bajo las puertas para que no peguen portazos contra la pared. No recuerdo de qué trabajaba María. Algo de anuncios..., seguro que relacionado con los medios de comunicación. Sea como sea, tuvieron un bebé, que en realidad no era solo suyo. A ver, no es que María tuviera otro marido. Quiero decir que había alguien más, pero no era un hombre normal como vuestro padre y vuestra madre... No, perdón, vuestra madre no es un hombre.

En fin, hablo de Dios, ¿vale? ¿Lo entendéis, verdad? O sea, era el Hijo de Dios. Y por eso, José no se mosqueó con María. Pero antes de que naciera, alguien dio el soplo y denunció lo del Hijo de Dios a la bofia..., quiero decir a la policía, o a los servicios sociales. Total, que tuvieron que borrar sus huellas, montarse en un burro y salir pitando. Lo que pasa es que por el camino se les hizo de noche y necesitaron un hotel. Pero no había habitaciones libres porque había un festival en la ciudad o una feria, o qué sé yo. No tuvieron más remedio que pasar la noche en un establo. Y ya conocéis la ley de Murphy: cuando algo puede salir mal, sale mal o peor. Vamos, que a María le dio por tener el hijo en el establo. Entre todos aquellos animales. Porque allí había burros, ovejas, vacas, cabras, ocas, gallinas, cerdos, liebres... ¿Qué más? Ah, sí, hámsteres, cobayas, perros salchicha, osos, lagartos, elefantes, jirafas, mosquitos, abejorros..., a ver, que no me deje ninguno..., arenques, ballenas, tiburones, medusas..., unicornios, dragones...

—En resumen, que había muchos animales —interrumpió abruptamente la madre mi enumeración.

Sus labios sonreían, pero sus ojos no lo hacían en absoluto. El padre tampoco parecía nada satisfecho. Hasta me hizo un gesto muy feo.

—Exacto, había muchos animales —proseguí—. Y como el bebé era Jesús, el Hijo de Dios, se pasaron por allí tres reyes. Estos pudieron dar con el establo porque una estrella les había ido indicando el camino. La estrella era algo así como los carteles indicadores de la autopista. Pero no os creáis que los reyes llegaron con las manos vacías, ¡no, qué va! Llevaron regalos. Exactamente igual que los repartidores de *pizza*, pero sin que María y José tuvieran que pagar absolutamente nada. Quiero decir que los regalos les salieron gratis. ¡Y menudos regalos eran! Lo que no recuerdo es si hubieron de pagar algo por el establo. Igual sí. Pero... ¿dónde me había quedado? ¡Ah, sí! Como a Jesús le ofrecieron regalos, pues ahora yo también os traigo regalos...



—¡Y así se termina la historia! —intervino la madre, levantándose de golpe del sofá.

—Bien —dije—. Ahora, los regalos. ¿He de...?

—No, no hace falta —contestó la madre, y apartó a Lea de mi rodilla mientras el padre hacía lo propio con Ben—. Ya nos encargamos nosotros. Muchas gracias.

Ben se volvió hacia mí y me soltó:

—¡Vaya historia más tonta!

Y no satisfecho con eso, me dio una patada en la espinilla. «¡Ay!».

Su padre me agarró del cuello, me llevó por el pasillo a empujones y, al llegar a la puerta, me dio un billete y me echó con cajas destempladas. Me quedé mirando el billete. Veinte euros.

—¿Son para mí?

—Sí, ¡pero no vuelvas por aquí! —sentenció, y cerró la puerta de golpe.

—¡Felices fiestas! —exclamé, mirando el billete.

Veinte euros no estaban nada mal. El primer dinero que ganaba de forma honrada. Me produjo una sensación extrañamente agradable.

—¡Qué hay, colega! ¡Jo, jo, jo! —me saludó de repente otro Papá Noel tocándose ligeramente el gorro rojo con la mano.

Era enorme y rollizo, y tenía el aspecto exacto que suele tener Papá Noel. Silbando alegremente, pulsó el timbre de la puerta. Cuando el padre de familia abrió, el nuevo Papá Noel le saludó diciendo:

—¡Jo, jo, jo, Papá Noel ya está aquí! Disculpen el retraso, pero es que en casa de unos niños me han dejado el traje pegajoso de turrón y he tenido que ir a cambiarme.

El padre se quedó paralizado por un instante. Entonces, me miró. Luego miró al auténtico Papá Noel. Y de nuevo a mí. Su mirada iba de un lado para otro, como en un partido de tenis. Su rostro se fue enrojeciendo y parecía que los ojos iban a salirse de las órbitas. De pronto, comprendió lo que había intentado decirle desde un principio: que yo no era un Papá Noel de verdad. Pero en vez de reírse y felicitarme por haber salido tan airoso de la situación, teniendo en cuenta que era un absoluto principiante como Papá Noel, se puso furioso.

—¡Espera y verás! —me gritó, apartando a un lado al verdadero Papá Noel y corriendo hacia mí.

Por suerte, me libré rápidamente de mis botas y hui tan deprisa como pude. Me persiguió un buen trecho calle abajo hasta que se detuvo, jadeante. Torcí un par de veces hacia otras calles y, cuando estuve completamente seguro de haberme librado de él, me permití un breve descanso. Muy breve. Estábamos en diciembre, y yo no llevaba zapatos. A toda velocidad, unas veces caminando sobre los talones y otras de

puntillas, me dirigí hacia mi casa. Es decir, hacia la casa de mi abuela.

Vivíamos todos en su casa porque en los últimos tiempos nuestros negocios no iban muy boyantes. Mi padre no daba una a derechas; Franz era un torpe sin remedio, y la nueva ley de horarios comerciales había perjudicado mucho el modelo de negocio de mi madre. Porque el trabajo de mi madre consistía en abrir por la noche, a escondidas, las tiendas que ya habían cerrado. No iba allí y robaba directamente, no. Lo que hacía era comportarse como si el negocio fuera suyo y vender los artículos para su propio beneficio. Cuando las tiendas cerraban por la tarde, resultaba un buen negocio. Pero desde que hay supermercados y grandes almacenes abiertos hasta las tantas, que podría decirse que no cierran nunca, no le quedó

Cariño, ¡qué noche tan agradable! ¿Te apetece que vayamos a comprar unas bolsitas para las cacas del perro?



otro remedio que recurrir a pequeños y miserables comercios, esas tiendas de las callejuelas de barrio que solo venden las cosas más inútiles imaginables: plantillas de zapatos, cuadros de elefantes o bolsitas para las cacas de los perros. Y como la gente no suele decir por la noche frases como las de la ilustración anterior, los negocios de mi madre fueron de mal en peor.

Además, la campaña publicitaria que organizó en secreto mi padre, con octavillas y carteles que decían: «Por la noche, las bolsas para las cacas del perro cuestan solo la mitad», lejos de aumentar el volumen de negocio, llamó la atención de la policía y de la propietaria de la tienda. En consecuencia, mi madre se pasó diez días entre rejas, e hizo jurar a mi padre que nunca más la ayudaría, y menos aún en secreto. Las costas judiciales y los honorarios del abogado nos dejaron definitivamente en la ruina. Teníamos tantas deudas que ya no nos podíamos pagar un sitio donde vivir, y nos vimos obligados a trasladarnos a casa de la abuela, que no se volvió precisamente loca de alegría.

Cuando llegué a casa con los calcetines deshilachados, tenía los pies como palitos de merluza congelada. El ambiente en mi hogar, por suerte, estaba bas-

tante caldeado. Todos se encontraban en la cocina, incluso mi padre. La abuela decía que una vez más se había vuelto a librar de morir por los pelos. Y, por supuesto, le echaba la culpa de todo a mi padre. Como hacía siempre, sin mencionar su nombre y sin mirarlo siquiera.

—Casi me quemó como una bruja porque *cierto idiota* no sabe ni colocar las velas en un árbol como Dios manda.

Mi padre quiso defenderse, mientras intentaba sacar la nueva ganzúa de Franz de la cerradura de la puerta de casa. El muy torpe se había cargado la ganzúa y, de paso, también nuestra cerradura.

—Puedes decir mi nombre, Anne, no pasa nada. Sé muy bien que te refieres a mí. Maldita sea, no hay manera de sacar esta ganzúa.

Mi madre no protestaba. Estaba sentada al lado de Franz, en la mesa de la cocina, y acariciaba todo el rato la suave lana de su jersey. Franz se estaba comiendo un bocadillo de salami, al que había añadido unas gotas de miel. ¡Salami con miel! Franz no solo tenía un gusto muy discutible, sino que era capaz de hacer las combinaciones más asquerosas sin que le sentaran mal. Una vez, por su cumpleaños, observé cómo bañaba medio pollo en kétchup, mayonesa y

chocolate a la taza antes de zampárselo con piel y todo. Como guarnición, se comió un trozo de tarta.

—¡Este chico en lugar de un estómago tiene una bolsa de basura en la tripa! —exclamó la abuela, con una mezcla de horror e incredulidad.

—Me voy a mi habitación —dije yo—. Se ha hecho tarde y estoy cansado.

—Si *alguien* no nos hubiera comentado que los Schönemann se habían ido de vacaciones hasta Nochevieja, esto no habría pasado —la abuela no podía dejar de dar la lata.

Mi padre refunfuñó, al tiempo que manipulaba la cerradura con un destornillador:

—Venga, di mi nombre, di mi nombre de una vez.

—¿Quieres que te prepare un baño, abuela? —propuse, pensando en los poderes mágicos de sus sales de baño.

—No, gracias, hijito. Ahora no tengo ganas de bañarme —dijo, y me dio una palmadita en la cabeza.

Aunque solía ser más bien borde, la abuela siempre era amable conmigo. Al fin y al cabo, yo era un ladrón experto. ¡La gran esperanza de la familia!